



E S P A C I O   A B I E R T O



Maria Mercè Roca

# Kenitra

ANAYA



Título original: *Kenitra*  
1.ª edición: marzo 2011

© Maria Mercè Roca, 2006, 2011  
© Editorial Barcanova, S.A., 2006  
© Traducción: Mireia Bofill Abelló, 2011  
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., Madrid, 2011  
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid  
www.anayainfantilyjuvenil.com  
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-667-9474-9  
Depósito legal: M. 8.722/2011  
Impreso en Anzos, S. L.  
Polígono Industrial Cordel de la Carrera  
Fuenlabrada (Madrid)  
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro son las establecidas por la Real Academia Española en la nueva **Ortografía de la lengua española**, publicada en el año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*



E S P A C I O                      A B I E R T O



Maria Mercè Roca

# Kenitra

Traducción de Mireia Bofill Abelló

ANAYA



# I

Lo que más me impresionó fueron los pies. Solo veía los pies. Pequeños, como de niña, pero muy viejos. Mi abuela se había quitado los zapatos, algo que no le había visto hacer nunca, y había apoyado los pies encima de la mesa, junto a una taza de infusión a medio beber, y la visión de esos pies me hizo sentir un no sé qué, entre repelús y vergüenza. Tenía la cabeza ladeada y parecía dormida, pero algo no me cuadraba y, en vez de dejarla dormir, me acerqué y le toqué el brazo. «Abuela», le dije, pero la noté tan fría, tan helada, que di un grito y caí de culo sobre el sofá. Ese tacto no se parecía a nada que hubiera tocado antes, porque nunca había tocado a un muerto y porque el tacto de la piel de los muertos no se puede comparar con ningún otro. Porque mi abuela no dormía: estaba muerta. Me quedé mirándola con la carne de gallina, bañado en sudor, pensando que tenía que hacer algo, pero seguía ahí plantado, incapaz de moverme. Hasta que el gato se subió a la mesa y le olisqueó un pie, y eso me hizo reaccionar: lo cargué en brazos a toda prisa, me encerré en la cocina y, con dificultad, porque me temblaban los dedos, conseguí marcar el número de mi

madre y decirle con un hilo de voz, que casi no pudo oírme, que viniera enseguida porque me parecía que la abuela se había muerto.

Encima del mármol, al lado de la nevera, había un bocadillo envuelto y dos cruasanes que mi abuela había ido a buscar a la panadería a primera hora, para mí, porque cada día me preparaba el desayuno. Entreabrí la puerta y volví a mirarla. ¿En verdad estaba muerta? El corazón me latía como un caballo desbocado y me retumbaba en los oídos, pero aun así tuve la lucidez suficiente para comprender que era la última vez que la veía y que tenía que decirle que le estaba agradecido por todas las veces que había ido a llevarme el desayuno al instituto, porque yo, dándomelas de hombre, siempre le decía que no quería nada y luego, a media mañana, me moría de hambre y hubiera sido capaz de pelearme por un triste panecillo con embutido. Pero siempre, antes de que me viera obligado a llegar a las manos, en la acera de enfrente, mirando el expositor del quiosco para que no se notara que había venido ex profeso, ahí estaba mi abuela con el bocadillo. Cada día, desde primero, cuatro años seguidos. Y me daba vergüenza, porque se suponía que ya éramos mayores y todo eso, y siempre me acercaba como quien no quiere la cosa y le decía con la boca pequeña que no tenía hambre pero que, en fin, ya que me lo había llevado, me lo comería, y cogía el desayuno como si le perdonara la vida y sin darle jamás las gracias, ni por equivocación. Y cuando me compraba unos vaqueros, mi abuela lo dejaba todo para coserme el dobladillo y al cabo de una hora ya los tenía listos. Y el plato en la mesa, siempre, por si iba a comer, y no hacía falta que la avisara, y como vivíamos tan cerca, a veces, si no me gustaba lo que había preparado mi madre —que cocina fatal—, subía a comer a su casa y

ella siempre se alegraba de que fuera. Bebí un poco de agua directamente del grifo y me acordé de que hacía días que me pedía que le subiera una garrafa de cinco litros, que a ella le pesaba mucho, y nunca encontraba el momento, porque siempre tengo algo que hacer. Y ahora, ya ves, no se la podría subir, ni podría hacerle ningún otro favor, y me sentí como un gusano, ingrato y miserable, pero ya era demasiado tarde: es lo que tiene la muerte, que no puedes hacer nada ni puedes volver atrás, porque no hay repesca. Por eso me armé de valor y poco a poco me fui acercando, con las piernas temblorosas, y me quedé plantado frente a ella. Estaba tan asustado que hasta tuve la impresión de que se había movido: le quería dar un beso pero no me atreví por el temor a que cuando la tuviera muy cerca abriera los ojos y me agarrara por el cuello, como en las películas. Ya sé que no dice mucho a mi favor, pero estaba a punto de mearme encima de la impresión que sentía. O sea, que me quedé a su lado jadeando como un desgraciado, mirándola de arriba abajo, sin hacer nada. Y de repente, como un *flash*, me vino a la cabeza un pensamiento: «Veré a mi padre». «Veré a mi padre», me repetí, absolutamente desconcertado. Miraba a mi abuela, desde los pies hasta el pelo, que no sé qué le ponían en la peluquería pero se le volvía lila, y estaba tan trastornado que la veía borrosa. Me encerré de nuevo en la cocina. No me lo podía creer: la abuela había muerto y vería a mi padre; lo vería porque ella había muerto. Pasados cinco minutos, que me parecieron una eternidad, llegó mi madre con una doctora que dijo lo que yo ya sabía: que la abuela había muerto, seguramente de un ataque al corazón, y sin sufrir nada.

Esa tarde y el día siguiente tuve que explicar mil veces cómo habían sido las cosas, pero adapté mi rela-

to para no tener que decir que había ido a casa de la abuela porque era la primera vez en cuatro años que no me había llevado el bocadillo y me estaba muriendo de hambre. Dije que había salido del instituto porque el día antes se me había olvidado en su casa un libro que necesitaba, y la encontré sentada en el sillón, descalza y con los pies encima de la mesa, y me extrañó mucho porque ella no se quitaba nunca los zapatos, y la llamé y no se movió y enseguida comprendí que bla bla bla. Mi madre me dio su agenda, marcada con muchas cruces, y me dijo que fuera llamando a toda la familia y a los amigos, y les dijera que la abuela había muerto y todo eso. Me encerré en el cuarto pequeño, donde la abuela cosía, para no pensar en nada y para no ver llegar a los de la funeraria y cómo se la llevaban; mientras tanto, yo iba llamando, concentrado: «Hola, soy Adrià», y ellos: «Hola, Adrià, ¿cómo estás?», y yo: «Llamo porque la abuela ha muerto», y ellos: «Pero ¿qué dices? ¿Cómo ha sido?», y yo venga a explicar una vez más cómo la había encontrado. Pude hablar con todos excepto con la tía Ester, la hermana menor de mi madre, que estaba en la India buscándose e intentando encontrarle un sentido a su vida y todos esos rollos esotéricos que siempre cuenta mi tía. Mientras tanto, mi madre corría de un lado a otro, frenéticamente: parece mentira la cantidad de cosas que hay que hacer y decidir cuando alguien se muere, y eso que la abuela siempre decía que ella no nos daría ningún trabajo porque ya lo había arreglado todo.

Cuando acabé con las llamadas estaba muy cansado y necesitaba estar solo para poder pensar sin interrupciones. Resulta muy difícil de explicar lo que sentía: la impresión de haberla encontrado muerta y haber visto mi primer cadáver y la pena, porque que-



ría mucho a la abuela, pero también sentía —tenía que reconocerlo— una ilusión y un nerviosismo que me era imposible controlar... Mi razonamiento era el siguiente: la abuela tenía un hijo, que es mi padre. La abuela ha muerto, ergo su hijo vendrá al entierro. Ergo, lo veré. Ergo, veré a mi padre. Y por primera vez les encontré la gracia a los silogismos y me emocioné tanto que empecé a llorar como un crío, porque me rendí ante la evidencia de que había echado de menos a mi padre cada día de mi vida, lo había odiado porque no estaba, y lo había maldecido, y había deseado que estuviera muerto, pero siempre había pensado en él, siempre en silencio, sin comentarlo nunca con nadie, sobre todo sin hablar de ello en casa, porque mi madre no lo mencionaba nunca, ni la abuela tampoco, y las cosas que sabía de él cabían en media cuartilla escrita. Mi padre había desaparecido diez años atrás, abducido por alguna fuerza extraterrestre. No es fácil vivir con un padre fantasma; resulta mucho más atractivo un padre muerto, porque a un padre muerto se le perdonan todos los defectos y, además, la gente se compadece de ti porque eres huérfano, y los huérfanos, como en *Las normas de la casa de la sidra*, pueden ser los príncipes de la tierra. Hasta tal punto que, cuando entré en el instituto, en la primera hoja que me hicieron rellenar con los datos personales, junto al nombre y la profesión del padre puse una cruz de muerto, y fue como si de verdad lo hubiera matado. Pero el problema era que no estaba muerto. Que tenía un padre pero no sabía dónde estaba. El problema era que me había abandonado, o sea, que no me quería. No me quiero poner sentimental, pero pensar que tu padre no te quiere es muy jodido. Todo se tambalea. Los padres tienen que querer a los hijos, lo natural es eso. Las cosas tienen que ocurrir dentro de un orden:

si no es así, el caos y las fuerzas del mal se apoderan del universo, como dice Luke Skywalker. Los padres tienen que querer a los hijos, y punto. El mío nos había abandonado y me había convertido en un niño que no pudo ser feliz, o no del todo. Me convirtió en un niño que tenía miedo. Y a mi madre la convirtió en una madre que nunca ha sido tan divertida como las demás y que, al principio, tomaba pastillas porque tenía ansiedad y se ahogaba e iba a una psicóloga, hasta que se cansó. Yo era pequeño pero no era imbécil y entendía que ella sufría y, para apoyarla, me juré que jamás le preguntaría dónde estaba mi padre, ni le diría que lo echaba de menos ni que quería que volviera. Jamás. Porque yo a mi madre la quiero mucho, y cuando era pequeño vivía atemorizado pensando que ella también podía desaparecer de la noche a la mañana, sin avisar, y me quedaría solo. Me daba terror quedarme solo. Y cumplí la promesa. Borrarnos del mapa a mi padre. «Tu padre se ha ido y ahora viviremos tú y yo», me dijo, y no volvimos a hablar nunca más de ello. Los dos pensábamos en él, cada cual a su manera, pero sin decirnos nada, en silencio; todo se nos quedaba dentro. Ella se lo ha currado; no me ha fallado, ha trabajado mucho, me ha comprendido, y todo eso, y ha sido una buena madre, pero a mí me faltaba un padre. Me hacía falta hablar de él, saber por qué nos había abandonado, entender por qué nunca, ni el día de Reyes cuando era pequeño, ni para mis santos y mis cumpleaños, ni cuando terminaba el curso, jamás daba señales de vida. Pero como había muerto mi abuela y él vendría, por fin podría preguntarle todas esas cosas que me angustiaban tanto.

A las nueve de la noche cerraron el tanatorio y mi madre y yo nos fuimos a casa y nos quedamos senta-

dos en el sofá sin decir nada, muertos de cansancio. Mi madre me preguntó que qué me pondría el día siguiente para el entierro, que sería por la tarde, y me pidió que fuera algo discreto —al final me puse un jersey con cremallera que no me gustaba y los vaqueros menos rotos que tengo, y no me dijo que le pareciera mal, ni tampoco bien— y, una vez resuelto el tema de la ropa, antes de que se fuera a acostar, sin mirarla, con voz temblorosa, me atreví a preguntarle directamente si había avisado a mi padre. Me dijo que sí, con un movimiento de cabeza, sin abrir la boca. «¿Vendrá?», le pregunté. «No, no vendrá, ya lo verás», me dijo ella. Y después, mirándome a los ojos, quiso saber si todavía pensaba en él. Avergonzado, le mentí: «¿En mi padre? Que lo zurzan».

Pero no era verdad. Yo lo esperaba. Por la noche no pude dormir pensando en la abuela muerta y en ese tacto de la piel que me había hecho estremecer; además, el gato se paseaba por encima de mi cama, arriba y abajo, inquieto porque no conocía la casa o quizá porque echaba en falta a la abuela. Pero sobre todo no podía dormir por la emoción de pensar que al día siguiente vería a mi padre. Porque no me creí lo que había dicho mi madre y estaba convencido de que vendría. Me pasaba la película: ¿qué me dirá, qué le diré, cómo debe de ser...? Lo estuve esperando todo el día. Estuvimos en el tanatorio hasta la hora del entierro; la abuela estaba allí de cuerpo presente y yo no paraba de volverme, esperanzado, cada vez que se abría la puerta de la salita. La gente que la conocía hablaba de cosas de cuando la abuela era joven, del año catapún, y de cómo había muerto, sin sufrir, y todos decían que también querían morir de esa forma, y yo solo pensaba en que mi padre estaba a punto de llegar, de dónde fuera, porque su madre había muerto y un hijo siem-

pre quiere ir al entierro de su madre. Y además estaba convencido de que lo reconocería enseguida: no lo había visto desde hacía diez años, cuando yo tenía seis, pero estaba seguro de que sentiría algo así como una llamada de la sangre y que cuando lo viera no tendría la menor duda de que era él. Y ni llamada de la sangre, ni nada. Lo que más recuerdo es el frío que tenía, y eso que hacía un tiempo espléndido, y es que el frío me brotaba de dentro, por los nervios y por la inquietud que sentía. Al salir de la iglesia, la gente se acercó a besarme para acompañarme en el sentimiento, me tocaban las manos y me notaban helado y creían que era por la impresión de haber visto a mi abuela muerta; y la impresión me duraba, es cierto, y también la pena, porque yo a la abuela la quería mucho, pero me sentía mal de tanto pensar que vería a mi padre y me daba vergüenza sentir lo que sentía, esa necesidad de saber quién era, cómo era, esa emoción de pensar que lo vería, de imaginar, por fin, después de tanto tiempo, lo que nos diríamos.

Como el nicho de mi abuela está muy alto, el tercero de la primera fila empezando por la derecha, en el pasillo E, todo se complicó un poco y se alargó más de lo normal: tuvieron que descolgar la lápida, que tenía grabado el nombre de mi abuelo, retirar sus restos y ponerlos en un cesto —dicen que los huesos tardan años en descomponerse por completo, y que el pelo y las uñas siguen creciendo un poco cuando ya estás muerto—, y subir la caja, con un andamio como los que se usan para las fachadas. Yo creo que es preferible que te quemem, me parece más moderno y, además, se ahorra espacio, aunque después no sé muy bien qué hace la gente con las urnas y las cenizas, y cuando pienso que todo el mundo las tira donde quie-

re, me da un poco de asco. Le pregunté a mi madre si ella tiene un nicho y me dijo que no, que son muy caros y que siempre ha tenido otros problemas para llegar a final de mes como para pensar en comprarse uno. Yo, francamente, era la primera vez que pensaba en estas cosas. En la muerte he pensado poco. El año pasado se murió un chico del instituto y las chicas lloraban abrazadas por el pasillo como si fuera el novio de todas, y yo lo único que sentía era miedo de que me pudiera ocurrir a mí, mucho miedo de morirme, y muchas ganas de que ya fuera el día siguiente y nadie volviera a hablar nunca más de ese pobre chico que se murió cuando estaba esquiando en la Molina. Pues bien, a la hora de la verdad resultó que la caja era demasiado ancha, como si no hubieran tomado bien la medida, y es curioso porque cuando vi a mi abuela allí en el sillón me pareció que se había encogido, la vi pequeña y se lo comenté a mi madre, y ella me dijo que sí, que con los años la gente se encoge, o sea, que habría bastado con una caja más pequeña, porque esa no pasaba por la abertura y tuvieron que ensancharla con un escoplo y un martillo, y los dos operarios trabajaban despacio e intentaban darle un poco de dignidad a toda la operación pero, a mí, los huesos del abuelo ahí en el suelo, en esa gaveta, me daban repelús. En el cementerio éramos pocos; en la iglesia sí que había gente, mucha de la edad de la abuela, vecinos, compañeros de trabajo de mi madre, y del instituto estaban Isern, Pau Oliveras, Marta Badosa, Marta Alsina y Helena Martí. También estaba Miriam, pero no la vi. Judit no estaba: Judit me envió un mensaje y me dijo que lo sentía mucho pero que esos rollos no le iban; ella es así, qué le vamos a hacer, y a mí me supo mal porque una muerte es una muerte y una abuela es una abuela, y está bien que en esos momentos difíciles te acompa-

ñe tu gente. Pero tanto da porque, en vez de sentir la tristeza que debía sentir, no paraba de volver la cabeza continuamente para ver si mi padre estaba allí. Y no llegaba. El cementerio era la última oportunidad —primero el tanatorio, luego la iglesia y ahora el cementerio— pero yo lo esperaba con la misma fe, tan intensamente que me dolía el cuerpo como si me hubieran dado una paliza, y me dolían los ojos de tanto mirar, y me dolía el corazón como a un enamorado ridículo. Porque estaba haciendo el ridículo. Me da tanta vergüenza cuando lo pienso: hasta el último instante no perdí la esperanza de que vendría, hasta el último momento pensé que lo vería, aunque solo fuera a la salida del cementerio, que se me acercaría y me preguntaría, por ejemplo: ¿Sabes quién soy?, y me diría algo, no sé, algo que pueda decir un padre que hace diez años que no ha visto a su hijo, y a lo mejor me diría que me parezco a él, y pensaría que soy un tío legal y le daría mucha pena haberme abandonado y no haberme visto crecer y haberse perdido todos estos años de mi compañía y tendría añoranza de mí y me pediría perdón por todo este tiempo... Esa era mi fantasía, pero mi padre no vino. Antes de irme a la cama mi madre fue a darme un beso y yo por dentro chillaba de rabia porque mi abuela se había muerto y su hijo era tan mala persona que no se había dignado a venir, y chillaba de pena porque ese cerdo era mi padre y odiar a un padre es algo terrible porque te odias a ti mismo. Mi padre no ha venido, le dije. Ya lo suponía, me contestó en voz baja.